Comprado

¡Flor de un día!

tura de las Lenguas, por D. Eduardo Benot.—Se reparte por
s semanales de **una** peseta, que contienen 56 páginas.—Está termina-
sta de 32 cuadernos, lujosamente encuadernada, en tres tomos, en tela;
pesetas.

castellana y Versificación, por D. Eduardo Benot.—Se re-
r cuadernos semanales de 32 páginas, al precio de **50** céntimos.—Está
la y consta de 48 cuadernos, de los que el último vale **75** céntimos.—
ente encuadernados en tela, los tres tomos de que consta, vale **30** pese-
céntimos.

orgánica, por D. José R. Carracido.—Un volumen en 4.º prolongado,
1.000 páginas; **24** pesetas en rústica, para Madrid, y **25** en provincias.
cuadernación en pasta entera, **2** pesetas.

ario Latino-Español Etimológico, por D. F. Salazar y Quin-
ecedido de un Prólogo de D. Eduardo Benot y de *Prolegómenos grama-*
-Un tomo en 4.º, **10** pesetas **50** céntimos en rústica, y **12** en pasta

s de Latín, primero y segundo curso.—El primero forma un volumen
páginas en 4.º prolongado, y encuadernado en tela, con CLAVE DE TEMAS
arado, en rústica, de 32 páginas, vale **5** pesetas.—El segundo es un volu-
ual, con CLAVE DE TEMAS, de 95 páginas.—Es también de igual precio y
ones.

tos de Historia Natural, con un prólogo del Dr. Carracido.—
umen en 4.º prolongado, con infinidad de grabados intercalados en el
encuadernado en pasta, **12** pesetas en Madrid y **13** en provincias.

ario de la Lengua Castellana, por Picatoste.—Un tomo en 8.º,
ernado en tela, **4** pesetas en Madrid y **5** en provincias.

ario Francés-Español y viceversa, por el mismo autor.—De igual
y precio.

Apóstol, vida legendaria de San Pablo, por A. Bravo y Tudela.—Un
n 4.º, de cerca de 300 páginas.—Precio: **3** pesetas.

a de Santa Catalina de Siena, por D. Adolfo de Sandoval.—
no de 336 páginas, en 4.º—Precio: **3** pesetas.

eta Roja, novela por D. José R. Carracido.—Un tomo de 408 páginas,
tas.

Lecciones de Francés, por D. Luis Besses, Catedrático de dicha
tura en el Ateneo de esta Corte.—Un tomo en 4.º prolongado, **5** pesetas.

queñeces.....—*El Jesuita*, un tomo en 4.º, **3** pesetas.
» *El Cuarto Estado*, un tomo en 4.º, **3** pesetas.

osas publicaciones por entregas con magníficas láminas al cromo,
tidas por cuadernos semanales.

teca del Renacimiento Literario.—Van publicados *veintiséis*
s, á **3** pesetas uno.

EN PREPARACIÓN

RITMÉTICA GENERAL, POR D. EDUARDO BENOT.

El Correo de la Moda

PERIÓDICO PARA SEÑORAS

atro ediciones distintas, desde la de lujo á la económica. Pídanse
números de muestra.

¡FLOR DE UN DIA!

DRAMA ORIGINAL

EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS,

POR

DON FRANCISCO CAMPRODON.

Representado por primera vez en el Teatro ESPAÑOL en Febrero de 1851.

VEINTICINCO EDICION.

LIBRERIA DE CUESTA
CARRETAS 8 MADRID

MADRID.—1884.

IMPRENTA DE COSME RODRIGUEZ,
SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.
Calvario, n.° 18.

La propiedad de este drama, la del de

Espinas de una flor.
Libertinaje y pasion.
Una ráfaga.
Asirse de un cabello.

y la del libreto de las zarzuelas

El Dominó azul.
Los Diamantes de la Corona.
Tres para una.
Guerra á muerte.
El Vizconde.
El Diablo en el poder.
El Lancero.
Juan Lanas.
El relámpago.
Una vieja.
Una niña.
La Jardinera.
Por conquista.
Un pleito.
Beltran el aventurero.
Un Cocinero.
¡Quien manda manda!!
El diablo las carga.
El zapatero y el banquero.
El gran bandido.
Del palacio á la taberna.
Los dos mellizos.
Los suicidas.
Marina.
Galatea.
El pan de la boda.

pertenece á la Viuda é Hijos de Camprodon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galería dramática y lírica titulada El Teatro, *son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

Al Sr. D. José Safont,

Como prenda de cariño de su afectísimo sobrino,

F. Camprodon.

714267

PERSONAJES.	ACTORES.
EL BARON DE ESPINOSA, de 65 años	D. ANTONIO DE GUZMAN.
LOLA, su hija	D.ª TEODORA LAMADRID.
JUANA, aya de Lola	CONCEPCION SAMANIEGO
D. DIEGO CARVAJAL	D. JOSÉ VALERO.
JUAN (negro), criado de Diego	JOSÉ CALVO.
EL MARQUÉS DE MONTERO	MANUEL OSSORIO.
EL CAPITAN DE UN BUQUE	LÁZARO PEREZ.
RUIZ (Caballeros)	CALISTO BOLDUN.
CISNEROS (Caballeros)	BERNARDO LLORENS.
AGUILAR (Caballeros)	ANTONIO ALVERÁ.
MENDOZA (Caballeros)	JUAN FABIANI.

Caballeros y señoras.—Un criado.

PRÓLOGO.

El teatro representa una sala de la casa del Baron de Espínosa. Puerta en el centro que comunica con el exterior, y á los lados con el interior. El Baron estará sentado en un sillon apoyado en su baston: Lola copiando un paisaje en una mesa de estudio que vendrá terciada á la derecha del espectador.

ESCENA PRIMERA.

EL BARON y LOLA.

LOLA. Bello país debe ser
el de América, papá.
BARON. ¿Te gustaría ir allá?
LOLA. Tendría mucho placer:
no me canso de admirar
estos árboles gigantes,
que parecen arrogantes
las nubes desafiar.
Aquí no los hay, verdad,
de esos inmensos tamaños?
BARON. Esos cuentan tantos años

como la tierra de edad.
Árboles plantados son
por la mano de Dios mismo,
y páginas del bautismo
guardan de la creacion.
En mi juventud ví yo
aquellos bosques cubiertos,
en cuyos senos desiertos
jamás el sol penetró;
donde los humildes tilos
con los sehivos se enlazan,
y en sus cóncavos se cazan
panteras y cocodrilos.

LOLA. ¡Ay qué miedo! Y te atrevías...

BARON. ¿Á qué, á cazar? No, hija, no,
jamás antojo me dió
de ir á tales cacerías:
es cosa muy indiscreta,
y en esa caza atrevida
cuesta al cazador la vida
la falta de su escopeta.
El que tenía locura
era el padre de don Diego;
¡oh! cuando él hacía fuego
era cabeza segura.
No, y á corazon entero
el hijo no le va en zaga,
y que él te quiera me halaga,
porque es todo un caballero.
Á galante y generoso
nadie le gana: de fijo
será para mí un buen hijo
y para tí un buen esposo.
¿Verdad que le querrás mucho?

LOLA. ¿No lo dice, padre mio,
el amante desvarío
con que extasiada le escucho?
Hallo en su voz cierto son
de ternura y sentimiento,
que hace vibrar con su acento
las fibras del corazon.
Su presencia me domina,

y me miro extasiada
en su fogosa mirada
que absorbe y me fascina;
y al oirle enamorado,
me dice, padre, mi anhelo,
que hay en este mundo un cielo
cuando le tengo á mi lado.

BARON. Es natural, hija mia,
es tu primera impresion:
quiera Dios que esta ilusion
te dure hasta el postrer dia;
y en sueño tan seductor
nunca el mundo te despierte,
y halles, hermosa, en tu muerte
una lágrima de amor.
¡Qué cosa tan deliciosa
fuera, Lola, la existencia,
si durara la vehemencia
de esa pasion tan hermosa!
Mas ya que Dios no lo quiso,
bendigamos su cuidado,
pues dejóle al desterrado
una hoja del paraíso.

LOLA. ¿Crees pueda apagarse
esta pasion algun dia?

BARON. Puede muy bien, hija mia,
si no extinguirse, olvidarse.
¿Has visto la tempestad
tronchar robles en el monte,
y cubrir el horizonte
con su densa oscuridad;
y las aguas del torrente
inundando la llanura;
y al otro dia fulgura
la luz de un sol refulgente?
En el perdido sembrado
se siembra el año que viene,
y todo en el mundo tiene
su declive prefijado:
mas si de un amor feliz
el recuerdo nos aqueja,
aunque se olvida, nos deja

siempre alguna cicatriz;
y cuando tras largos años
en ella el dedo se esconde,
esa cicatriz responde
con sentimientos extraños.
Se siente un algo perdido;
un algo que ya no se halla,
y es el alma que batalla
entre recuerdos y olvidos;
y aquel recuerdo sagrado
es la lámpara escondida
que ilumina el alma herida
con la luz de un bien pasado.
Si de ese amor, que es tu bien,
sabes guardar la ilusion.
en tu propio corazon
hallarás, Lola, un eden.
Mas si esa ilusion se trunca,
busca en el olvido calma,
porque la flores del alma,
si se van no vuelven nunca.

LOLA. Hoy que me ves tan dichosa,
¿por qué me afliges, papá?
¿Crees que no durará
esta ilusion tan hermosa?

BARON. Hoy que eres feliz, querida,
aunque á tu gusto no cuadre,
debe enseñarte tu padre
los abrojos de la vida.
Y yo que ya me encamino
de mi existencia al ocaso,
quiero enseñarte el mal paso
que hay quizás en tu camino.
Si tu corazon es fiel
de Diego al amor profundo,
ámale, Lola, y el mundo
concéntralo siempre en él. (Levantándose.)
Hay algunas almas bellas
que quieren una vez sola:
no lo olvides nunca, Lola,
la de Diego es una de ellas.
(Váse el Baron por la puerta interior.)

ESCENA II.

LOLA.

Por qué se ha de apagar? Acaso el cielo
ha arrojado la flor de los amores,
como un triste presagio de congoja
y amargo desconsuelo,
para verla morir, hoja tras hoja,
cual pobre adelfa que ha tirado el hielo?
Este latir del corazon amante,
que dilata su fibra estremecida,
no dice, palpitante,
que es este amor el fuego de la vida?
El sol del firmamento,
cuando inunda de luz el alma mia,
no dice, acaso, con brillante acento
que entre el amor y el cielo hay simpatía?

ESCENA III.

LOLA y JUANA.

JUANA. (Saliendo con un rollo de dibujos en la mano.)
Señorita.
LOLA. Qué hay?
JUANA. El negro
que es de don Diego criado,
estos dibujos me ha dado.
LOLA. (Tomándolos y dejándolos sobre la mesa.)
Está aún aquí?
JUANA. Sí.
LOLA. Me alegro,
quiere tanto á su señor...
JUANA. Y en estando enamorada
nada satisface... nada...
LOLA. Como hablar de nuestro amor,
Juana, ¿no te alegras tú
de que Diego me ame así?
JUANA. Más que si me diera á mí

todo el oro del Perú.
Al mirar la dicha escrita
en esos ojos tan bellos,
¿quereis que no goce en ellos
quien os crió, señorita?

LOLA. Por eso te lo pregunto;
porque con tu mimo cuento.
Haz que entre Juan al momento.

JUANA. Voy, señora, voy al punto.

ESCENA IV.

JUAN y LOLA.

JUAN. Buenos dias, señorita.

LOLA. Adios, Juan; ¿y mi don Diego?

JUAN. Me ha dicho que vendrá luégo
á ponerse á vuestros piés.

LOLA. En lo galante y cumplido
con que traes el recado,
pronto conocer es dado
el amo tuyo quién es.

JUAN. Mi amo, señora, es un ángel
con toda el alma de un bravo.

LOLA. Dime, Juan, eres su exclavo?

JUAN. No los tiene mi señor:
pero por él, sin pensarlo,
hasta la vida daría;
le quiero por su hidalguía,
le adoro por su valor.

LOLA. Hace mucho que le sirves?

JUAN. Si mi memoria no miente,
cuatro años precisamente
cumplen en el dia de hoy.

LOLA. Quieres contarme tu historia?

JUAN. Si me lo mandais, señora.

LOLA. No mando, suplico ahora.

JUAN. Pues á complaceros voy.
El color de mi cara
os dará á conocer, que fué, señora,
el blanco sol del África mi cuna;
y del desierto en la tostada arena

RBC NcU

me arrojó la fortuna,
por suerte, del esclavo la cadena.
Un hijo que tenía
de diez años de edad, tambien esclavo
mi destino seguía,
y atravesando el férvido Oceano,
vendióse nuestra sangre y nuestra vida
á la sorda avidez de un castellano.
De la América ardiente
rocíamos las fértiles llanuras
con el servil sudor de nuestra frente;
y trabajando allí sin esperanza,
del látigo al crujido,
sólo soñaba el alma en la venganza
digna del hombre de color vendido.
Un dia en el trabajo,
corriendo tras ligera mariposa
alegre el hijo mio, se distrajo,
y un blanco capataz, con saña fiera,
le cruzó con el látigo la cara:
mi corazon se altera
al recordar la sangre que brotára;
tiré con mano ruda
el hacha con tal ira á su cabeza,
que si le acierto á dar, salta, sin duda,
como en manos de un niño una cereza.
Frustróse mi venganza,
y huyendo del castigo y la tortura,
cogí á mi herido hijo,
y vagando sin tino,
eché á correr del monte á la espesura,
sin más guía que Dios en mi camino.
De cansancio rendido,
corrí la noche entera,
sin escuchar, señora, más ruido
que el salvaje rugir de la pantera;
y en cuanto amanecía
más el rugido aquel se aproximaba;
mi pecho de terror se estremecía;
la sangre al escucharlo se me helaba,
y comprendí, por desgracia mia,
que la fiera mis pasos rastreaba.

Sin armas yo para luchar con ella
y abrumado del peso de mi hijo,
pensé rendirme á mi maldita estrella,
y tras mi infausta suerte
terminar mis angustias con la muerte.
Sentíala moverse entre el follaje,
cuando escuché á mi espalda un caballero
exclamar: «¡Qué brava es! Llevarme quiero
»la hermosa piel de ese animal salvaje.»
Midiendo la distancia con arrojo,
le tiende el arcabuz con faz serena;
el tiro entónces suena,
y le metió la bala por un ojo.
«Negro, dijo, tirándome el cuchillo,
»que la desuelles por favor te ruego.»
Y obedecí su voz como un chiquillo,
porque el jóven aquel...

LOLA. (Atajándole.) Era mi Diego.

JUAN. Era don Diego, sí: sólo en su labio
hay sonrisa á la vista de una fiera,
y él sólo tiene la certera mano
que ni el peligro ni el temor altera:
y volviéndose á mí noble y humano,
«¿cómo sin armas, dijo,
»te atreves á pisar estos lugares,
»exponiéndote, necio, á la tortura
»de ver que un tigre te devore un hijo?»
Díle yo á conocer mi desventura:
y al escuchar mi dolorosa historia,
más de una vez en su morena cara
asomaron los tintes de la ira;
y en vano se esforzára
para borrar con su nervuda mano
de dolor una lágrima sencilla,
que despuntando entre sus negros ojos
pugnaba por saltar á su mejilla.
«Ven, infeliz, me dijo,
»yo compraré tu sangre al europeo;
»de padre serviré á tu pobre hijo,
»si al África volver no es tu deseo,
»mas si pisar prefieres
»las arenas del África tostada,

»la suerte ya cesó de ser contraria;
»puedes marchar, si allí tienes tu amada,
»y alzar en el desierto tu plegaria.»
Entre rios de llanto
yo besé aquella mano bienhechora,
y perdonad á mi cariño santo
si lloro aún al recordarlo ahora.
Desde entónces resbalami existencia
sobre su sola huella,
y miro siempre en él mi providencia,
como el marino á la polar estrella:
y adivino la idea de su mente
en su mirada vaga,
porque la deuda que mi pecho siente
sólo, señora, el corazon la paga.

LOLA. (Enternecida.)
Ámale, como le ama el alma mia:
sé su ángel tutelar.

JUAN. Sed vos, señora,
si conoceis la ciega idolatría
con que don Diego vuestro nombre adora.
(Juan saluda y váse.)

ESCENA V.

LOLA.

Ay! cuál de santa emocion
dulce llanto me enajena,
y cuál hinche mi ilusion
su celeste corazon
que mi recuerdo lo llena!
No oscurezca el mundo vano
el porvenir sobrehumano
que ante mis ojos diviso,
cuando al guiarme su mano
es la vida un paraíso.
No caben llanto ni penas
junto á su alma bendecida,
porque, de caricias llenas,
veremos volar serenas
las horas de nuestra vida;

y si heridas de quebranto
abren del dolor los tiros,
amparada de su encanto
mientras beba yo su llanto
vivirá de mis suspiros.
(Se oye llamar á la puerta.)

ESCENA VI.

LOLA y JUANA.

LOLA. ¿Es él, Juana?
JUANA. Un caballero
que viene á ver al Baron.
LOLA. No ha dicho su condicion?
JUANA. Sí, es el Marqués de Montero;
que diz trae una visita.
LOLA. Dile que pase adelante:
avisa á papá al instante.
(Juana hace lo que acaba de mandar.)

ESCENA VII.

EL MARQUÉS, LOLA, y luégo el BARON.

MARQ. Bésoos los piés, señorita;
sois vos, por mi buena estrella,
la hija del señor Baron?
(Lola contesta afirmativamente.)
Á fé mia, con razon
dijeron que érais muy bella...
LOLA. Sois muy amable y cortés.
MARQ. Á lisonja no achaqueis
justicia que mereceis.
LOLA. Os doy mil gracias, Marqués.
(El Marqués saludando al Baron, que entra.)
MARQ. Señor Baron.,.
(El Baron alargándole la mano.)
BARON. Caballero...
Recibo merced no escasa
con ver honrada mi casa
por el Marqués de Montero

(Le hace señal que se siente, y se sientan.)

MARQ. Me haceis sobrado favor:
vuestra hermana en Santander
me encargó os viniera á ver,
y cumplo con este honor.

LOLA. ¿Me retiro, padre mio?

MARQ. Mera visita es la mia,
y en el alma sentiría
dejárais este vacío;
tanto más, cuanto doña Ana,
que os quiere mucho, por Dios,
me hablaba siempre de vos.

LOLA. Mi buena tia!

BARON. Mi hermana.

MARQ. La ilustre dama declina
de su salud por momentos,
y parte sus pensamientos
entre vos y su sobrina;
y á fé mia es un modelo
de elegante sociedad,
y yo debo á su amistad
muchas horas de consuelo.

BARON. Se ha hablado de vos, Marqués...
durante la guerra toda.

MARQ. Sí, Baron, seguí la moda
de acuchillar al francés.

BARON. De militar bravo y ducho
fama alcanzó vuestro brazo.

MARQ. Para dar un buen sablazo
no se necesita mucho.

BARON. ¿Y seguís la profesion?

MARQ. Á brigadier ascendí
y al rey mi cuartel pedí;
no luché por ambicion.

BARON. Nombre hubísteis de esforzado
y de singular valor.

MARQ. Ciertas heridas de amor
me hicieron desesperado;
además, no peleaba
para defender mi tierra;
buscaba algo, y en la guerra
no encontré lo que buscaba.

LOLA. Tan jóven y el desengaño
marchitó ya vuestra vida?
MARQ Qué remedio? Es una herida
que al tocarla me hace daño.
LOLA. Fué amor no correspondido?
MARQ. Señorita, eso no mata.
LOLA. Amásteis á un alma ingrata?
MARQ. Y fuí vilmente vendido.
Cuando se concentra el sér,
el alma y el sentimiento
en el virginal aliento
de una adorada mujer;
y uno da su paz, su calma,
por una esperanza sola,
cuando esta se pierde, Lola,
sabeis que queda en el alma?
Fieros celos que arrebatan,
desconfianzas que mugen,
latidos secos que rugen,
cenizas frias que matan.
LOLA. Os compadezco, á fé mia.
MARQ. Estos, señorita, son
misterios del corazon
que no entendeis todavía.
Busqué tumba en la pelea,
y me convencí, señora,
que ni tumba bienhechora
encuentra quien la desea.
LOLA. Tan agudo era el dolor
que os impelía á morir?
MARQ. Comprendiérais mi sufrir
si comprendiéseis mi amor.
LOLA. El tiempo y la distraccion
os devolverán la calma.
MARQ. La virginidad del alma,
quién la devuelve, Baron?
Suponiendo que el olvido
borrase este afan profundo,
puede devolverme el mundo
las creencias que he perdido?
BARON. Marqués, no debeis decir
de este agua no he de beber;

sólo Dios alcanza á ver
lo que hay en el porvenir.

MARQ. Bendita esa voz que augura
un bien que tanto consuela.

LOLA. Marqués, hay un Dios que vela
por las almas sin ventura.

MARQ. (Ap.) (Por qué á la hora de amar
no conocí á esta mujer?)

LOLA. (Ap.) (No sé qué amargo poder
hay en su modo de hablar.)

MARQ. (Levantándose.)
Mas, por Dios, que abusar temo
de vuestra condescendencia.

BARON. Al revés, vuestra presencia
nos favorece en extremo;
y mi casa y mi amistad
siempre franca os brindaré.

MARQ. Y yo á gozar volveré
de tan buena sociedad.
Adios.
(Alarga una mano al Baron: luégo volviéndose á Lola.)
Os beso los piés...
(Ap.) (Es linda como una estrella.) (Váse.)

ESCENA VIII.

LOLA y el BARON.

BARON. Qué alma tan franca y tan bella
tiene ese jóven Marqués!

LOLA. Crees que olvidar podrá
despues de querer así?
Eso no es posible.

BARON. Sí;
de fijo que olvidará;
el alma que resplandece
en su fogosa mirada,
no es el alma concentrada
que siente, calla y padece.
Expansiva en sus pasiones
ha amado con calentura,

no es ese el amor que augura
una vida de emociones;
pues cuando, por suerte aciaga,
esa fiebre nos desvela,
es cual la luz de una vela
que alumbra un rato y se apaga.

ESCENA XI.

DICHOS y D. DIEGO, desde de la puerta.

DIEGO. Si dais permiso...
BARON. Adelante,
hijo de mi corazon.
LOLA. Diego, qué es esa afliccion
que se nota en tu semblante?
DIEGO. Auroras infortunadas
que á nublar vienen la vida:
voz que reclama, querida,
pago de deudas sagradas.
BARON. Diego, qué quieres decir?
DIEGO. (Sacando una carta y entregándosela.)
Tomad y leed, Baron.
BARON. Por qué es esa agitacion?
DIEGO. Porque es forzoso partir.
LOLA. Partir tú? no, Diego, no.
DIEGO. (Ap.) (Qué desgarradora lucha!)
Va á leer tu padre, escucha,
y despues hablaré yo.
LOLA. No, Diego, no: esta partida,
viniera á verter cruel
la primera gota de hiel
en el vaso de mi vida.
BARON. (Mirando la carta.)
De tu padre me parece.
DIEGO. Que sigais leyendo espero.
BARON. (Leyendo.)
«Buenos Aires, seis de Enero
de mil ochocientos trece,
Diego mio: de tu mano
necesita el viejo; ven,

porque ha menester sosten
la cabeza del anciano;
pierde mi frente su brío
y hácia la tierra declina,
y cuando el árbol se inclina
pronto caerá, hijo mio.
Con el alma enajenada,
tus amores bendiciendo,
tiempo al cielo voy pidiendo
para abrazar á tu amada.
Sé que es muy digna de tí,
y cuando esposo te llame,
rogaré al cielo que te ame
cual me amó tu madre á mí.
Tu larga ausencia sintiendo
voy este valle dejando,
en que el hombre entra llorando
y el bueno parte sonriendo.
Si mi voz no es importuna,
porque un viejo es como un niño,
te reclamo aquel cariño
que yo te daba en la cuna.»
Un instante, Lola, exijo
á solas con Diego hablar. (Váse Lola.)

ESCENA X.

EL BARON y D. DIEGO.

BARON. Qué piensas hacer?
DIEGO. Marchar
á cumplir como buen hijo,
y ántes de Lola la mano
que me concedais os ruego.
BARON. Si tú te la llevas, Diego,
qué le quedará á este anciano?
Yo no creí que querrías,
cuando te he querido tanto,
privar que caiga su llanto
sobre mis postreros dias.
Conozco tu amor profundo,

y de ese amor no me quejo;
pero no querrás que un viejo
se quede solo en el mundo.

DIEGO. Qué quereis decir, Baron?

BARON. Por los años encorvado
el morir á vuestro lado
fuera toda mi ambicion.
Á no ser tan viejo, iría
con vosotros al momento
á exhalar mi último aliento
lejos de la patria mia:
mas sí me quitas ahora
á mi Lola, yo te fio
que ya no veré, hijo mio,
despuntar la nueva aurora.
Un sacrificio te exijo
y el hacerlo está en tu mano:
sé que no te ruego en vano
porque tú eres un buen hijo.
Vé á cumplir con tu deber,
suspende contraer el lazo,
y á tu vuelta vence el plazo.
Lola será tu mujer.

DIEGO. No sabeis vos que á su lado
sólo hallo vida y consuelo,
y sin ella hasta en el cielo
me hallaria desterrado;
y exigís de mi pasion
que me deje aquí la vida?

BARON. (Llorando.) Hija del alma querida!

DIEGO. (Conmovido.) Partiré solo, Baron.

BARON. Y al cruzar el Oceano,
cuando el aura el buque impela,
flotará sobre tu vela
la bendicion de un anciano.

DIEGO. Quereis á Lola llamar?
(Ap.) (Triste presagio me asalta:
siento que el valor me falta,
y no quisiera llorar.)

ESCENA XI.

DICHOS y LOLA.

DIEGO. Lola, un sagrado deber
me obliga crudo á partir;
yo no podría vivir
si te llegase á perder.
Por tí mi pecho sintió
un amor grande y profundo,
y nadie... nadie en el mundo
te amará cual te amo yo.
Mientras la fortuna esquiva
me tenga léjos de tí,
me olvidarás, Lola?

LOLA. (Señalando al corazon.) Aquí
vivirás mientras yo viva.

DIEGO. Tengo un presentimiento que me abruma:
quizá al cruzar el agua, en lontananza
envuelva el mar en sábana de espuma
el rico porvenir de mi esperanza.
Todo el amor, todo el poder del hombre,
si un buque entre las olas se derrumba,
no bastan ¡ay! para escribir su nombre
sobre el cristal inmenso de su tumba.
Si oyes contar de un náufrago la historia,
ya que en la tierra hasta el amor se olvida,
encontrará un sepulcro mi memoria?

LOLA. Aquí la guardaré toda mi vida.

DIEGO. Mi pobre corazon se hace pedazos
al dejar tus encantos seductores.

LOLA. No temas, no; te volverá á mis brazos
el ángel tutelar de mis amores.
Guardarás esta rosa delicada,
(Quitándosela ds su pelo.)
para tí de mis sienes desprendida?

DIEGO. Viniendo de las trenzas de mi amada
cada hoja de esta flor vale una vida.

LOLA. Acuérdate de mí; ténla contigo
para que en ella mis amores leas,

y sea el cielo de mi amor testigo.

DIEGO. Adios, Baron!

BARON. (Abrazándole enternecido.) Adios.

DIEGO. (Cogiendo la mano de Lola y besándosela.)
Bendita seas!

FIN DEL PROLOGO.

ACTO PRIMERO.

Sala de tocador de la Marquesa de Montero que estará acabándose de vestir para un baile. Puerta en el centro que comunica con el salon, que aparecerá iluminado, y á la derecha del espectador puerta que comunica con el interior de la casa. Mesas de juego.

ESCENA PRIMERA.

JUANA y LOLA.

JUANA. Qué bien, señora, en vuestra negra trenza
destacan esas rosas su blancura!
No hay una hermosa que en belleza os venza...
LOLA. No me halaga ya mucho la hermosura.
JUANA. Rica, marquesa, hermosa y respetada,
qué más fortuna vuestro pecho anhela?
LOLA. Juana, arrancar del alma angustiada
una memoria que mi frente vela.
JUANA. Pues no quisísteis vos de vuestro grado
que os llamaran marquesa de Montero?
LOLA. Misterios son que nunca he divulgado,

y hoy al tocarlos de tristeza muero.

JUANA. Con que es cierto el refran que á muertos y [á idos...

LOLA. No toques esa cuerda, Juana mia,
porque hace el mismo efecto en mis oidos
que el toque funeral de la agonía.

JUANA. Don Diego, acaso á vuestra fé perjuro...

LOLA. Que me hubiese olvidado á Dios pluguiera.

JUANA. Habeis sabido de él?

LOLA. Nunca; y te juro
que quisiera morir sin que supiera.
Supuesto, Juana, que á tu fiel ternura
tanto interesa mi profunda herida,
yo te haré conocer la desventura
que envenena las horas de mi vida.
Tres años hace que á su patrio suelo
se fué don Diego; y por desgracia mia
á las pocas semanas quiso el cielo
arrebatar mi padre y mi alegría.
Poco ántes de espirar quiso que sola
estuviese un momento en su presencia,
y con voz paternal me dijo: «Lola,
»ya no tendrás más juez que tu conciencia:
»quedas sin padre hasta que vuelva Diego:
»vé á Santander al lado de mi hermana,
»guarda sin mancha el nombre que te entrego
»y sé el sosten de aquella noble anciana:
»y aparte Dios de tus postreras horas
»de los remordimientos la tortura;
»y cual hoy, hija, de tristeza lloras,
»lloren tus hijos con filial ternura.»
Murió el anciano, y con cariño santo
corrí á regar la tumba que le encierra;
y al encontrarme sola con mi llanto
ancho desierto pareció la tierra.
Aquella temporada solamente
frecuentaba mi casa un caballero:
los que sufren se entienden fácilmente,
y él sufría tambien, era Montero.
Te acordarás que él nos sirvió de ayuda
trayéndonos aquí en su compañía,
y aunque su lengua para mí fué muda,
honda tristeza en su mirada había.

De mi tia Ana me dejó en los brazos,
y aquí declina de mi vida el sino:
me volvieron al mundo nuevos lazos,
nuevos placeres me brindó el destino.
Yo, que hasta entónces sólo conociera
de Diego y de mi padre la ternura,
entré en la sociedad por vez primera
y todos celebraron mi hermosura.
En la mujer hay un placer oculto
de solazarse en la pasion que inspira;
y cien galanes con ferviente culto
me contaban de amor dulce mentira.
De mi padre la voz ya no sonaba
más que como eco de infantil conseja,
y de mi débil mente se alejaba
cual vela henchida que á la mar se aleja;
y del salon en el bullicio loco
hundióse aquel recuerdo en mis entrañas,
y se extinguió en el alma poco á poco
como un eco perdido en las montañas.
Del amor las primeras impresiones
tenían de ternura inmenso acopio;
sentí nacer despues otras pasiones,
y sobre todas una: el amor propio:
esa pasion que es, cuando se despliega,
tronco y raíz del corazon humano;
que á lo pasado nuestra vista ciega
con el incienso del amor mundano;
que halaga con sonido delicioso
cual de un laud la suave melodía,
interpuso un celaje vaporoso
que mis recuerdos de espesor cubría.
Verme amada y oir el lisonjero
acento de pasion que yo inspiraba,
de orgullo henchido el corazon entero
con los constantes triunfos que alcanzaba,
este era mi gozar, y sólo un hombre
se mostraba insensible á mi atractivo;
era el Marqués, y el lustre de su nombre
punzaba mi amor propio en lo más vivo.
Montero no era ya aquella alma herida
que buscaba una tumba en la batalla:

sediento entónces de placer y vida,
no conocía á sus antojos valla;
audaz sin pretension, gallardo y fiero,
galante, apuesto, expléndido y lujoso,
me parecía el solo caballero
digno de mí para llamarle esposo.
Algun genio se complacía
en dar cumplida rienda á mi deseo:
conquista mia fué, y en breve ardía
para los dos la antorcha de himeneo.

JUANA. ¿No sois feliz con él?

LOLA. No, Juana mia:
marchitas ya de la ilusion las flores,
veo por mi desgracia, que aquel dia
mi orgullo equivoqué con mis amores.
Y él tampoco lo es; quizá el recelo
de haberse visto en su pasion vendido,
quizás lo poco que á su amante anhelo
costó verse de mi correspondido;
ello es que es triste su mirada altiva,
y en nuestra fria aparente calma
encuentra á su pesar el alma esquiva
que falta en ambos el amor del alma.
Y cuando á quedar viene en nuestro pecho
un sentimiento indiferente y frio,
y en la tristeza y soledad deshecho,
inerte late el corazon vacío;
cuando sin esperanza de fortuna
lo porvenir se encierra encapotado,
al través de una lágrima importuna
se vuelve la mirada á lo pasado.
Y el aura de la tarde á mis oidos
trae voces perdidas á lo lejos,
viniendo á mi memoria mal dormidos
los del primer amor tíbios reflejos;
de una flor los recuerdos el dulce aroma,
los despierta del clavel una armonía,
la blanca luna que en el cielo asoma
fanal hermoso de ilusion un dia;
y de la tierna edad de mi inocencia
viene un trémulo rayo desprendido
á alumbrar lejos ya de mi existencia

el panorama de un eden perdido.

JUANA. ¡Procurad disipar esa tristeza;
distracciones buscad por cualquier medio
ahora que casi vuestra vida empieza,
no habeis de hallar en vuestro mal remedio?
Fragilidad fué en vos el olvidarle;
mas, quién sabe tambien si os ha olvidado?
Bastante tiempo es ya para esperarle
los tres años de ausencia que han pasado.

LOLA. Tú no conoces aquel hombre, Juana:
embriagada en el néctar de la vida,
olvidó la mujer frívola y vana;
pero aquella alma colosal no olvida.
Yo siento aquí una voz que me asegura
que su huella va en pos de mi destino,
y para mi expiacion y mi tortura
Dios le pondrá en mitad de mi camino.
Él vive, sí, no sé en lo que me fundo,
mas cual suenan los pasos sobre un hueco,
cada pisada suya por el mundo
dentro de mi corazon levanta un eco.

JUANA. Hoy que el Marqués en baile suntuoso
celebrar quiere vuestro fausto dia,
dad tregua al llanto y al sufrir reposo,
y brille en vuestros ojos la alegría.

LOLA. No temas, no; sabemos las mujeres
guardar nuestra pasion aquí escondida,
velando con sonrisas de placeres
los quejidos del alma estremecida.
Y mientras el dolor negro y profundo
mudo en el alma del que sufre queda,
el que no espera compasion del mundo
cubre el dolor con antifaz de seda.

JUANA. Álguien viene.

LOLA. Ve quién es,
y si convidados son.
dí que pasen al salon.

JUANA. No, señora, es el Marqués. (Váse Juana.)

ESCENA II.

LOLA y el MARQUÉS.

MARQ. Fatal estrella, por Dios,
es la mia, dulce amiga;
siempre el cielo me castíga
cuando estoy lejos de vos.
LOLA. Pues mucho tiempo hace á fé
que os pudiera castigar.
MARQ. No me quiero disculpar,
pues conozco que falté:
más sé que á tan dulce prenda
no apela el cariño en vano.
Lola, no me dais la mano?
LOLA. Es que no fio en la enmienda.
MARQ. Mucho, Marquesa, lo siento;
juro que podeis fiar,
porque vengo á confesar
lleno de arrepentimiento.
Oidme un rato, Marquesa:
aunque nunca os he olvidado,
distraido habré entibiado
vuestro cariño, y me pesa:
nadie mejor que Montero
conoce lo que valeis,
y creo no dudaréis
que os he querido y os quiero.
Algunas veces, y en tanto
que iba en pos de mis antojos,
sorprendia en vuestros ojos
recientes huellas de llanto;
conozco que os hice agravio,
pues mientras gozaba yo,
sufríais, y no asomó
una queja en vuestro labio:
y si vos llanto de hiel
vertíais por mi egoismo,
no me perdono yo mismo
haber sido causa de él.
LOLA. De veras?

MARQ. Os lo confieso
como lo siento, señora.
Creeis en la enmienda ahora?
LOLA. Enrique, no hablemos de eso.
MARQ. Vuestro cariño, Lola, es
hoy mi primera fortuna;
hay dias de mala luna
que todo sale al revés.
LOLA. Enrique ¿qué os ha pasado?
MARQ. Me levanté esta mañana,
y de montar me dió gana
el potro tordo rodado;
yo ganoso de cansallo
y él más ganoso de hacello;
á fuerza ya de corrello
he reventado el caballo.
Por mi fortuna salí
sin lesion de la caida:
tuve luégo una comida
donde se jugó y perdí.
Levantéme sin revancha;
ocurriósenos el dar
un paseo por el mar,
y tomamos una lancha:
alzando espumosa estela
y á la barra haciendo proa,
dirigimos la canoa,
mar afuera á toda vela:
embocaba á la sazon
el canal un bergantin
ligero como un delfin,
y al verlo volví el timon.
Mi barquero con enojo
gritó; á la vía, Marqués.
Cómo á la vía? no ves
que nos va á pasar por ojo?
Y si no viro, no marra,
por nuestra estela cruzó;
pero me olvidaba yo
que estábamos en la barra.
Ya del canal separados,
batidos por la corriente,

nos quedamos blandamente
sobre la barra barados.
Y entónces, como de intento
para hacernos zozobrar,
el trapo nos vino á hinchar
una ráfaga de viento:
dicho y hecho: zozobramos...

LOLA. Me espanta esa sangre fria...

MARQ. No os asusteis, hija mia,
porque todos nos salvamos:
sabeis que nada me arredra:
mas hoy os protesto á fé
que de veras me asusté,
pues nado como una piedra.
El bergantin, que al pasar
nuestra cuita presenció,
en un momento mandó
botar las lanchas al mar
para darnos pronta ayuda:
los remeros se afanaban,
mas acercarse no osaban
temiendo varar sin duda,
cuando se echó un hombre á nado
de la lancha más vecina,
y en nuestra inminente ruina
á nosotros se ha acercado:
y cogiéndonos á dos
cual si cogiera una paja
en su lancha nos encaja.
¡Qué brazo! poder de Dios!

LOLA. Muy generoso habreis sido
con el bravo marinero?

MARQ. No era tal, un caballero
muy bizarro y muy cumplido,
moreno, de buen talante,
(Lola escucha agitada.)
elegante sin aliño,
con la sencillez de un niño
y el aliento de un gigante.
Deseoso yo de pagar
abnegacion tan sin tasa
le ofrecí cortés mi casa,

que se empeñó en rehusar;
y al dejarle en la posada
mandéle al momento el coche
rogándole que esta noche
venga á honrar nuestra velada.
Y al presentároslo á vos,
os acordareis, querida,
que me ha salvado la vida.

LOLA. (Ap.) (¡Justicia eterna de Dios!)

MARQ. Estais pálida, Marquesa.

LOLA. Sí, siento un temblor inquieto...

MARQ. Culpa mia: yo os prometo
que será la última esa;
que al ver lo que por mí pasa,
por loco tendrá cualquiera
al que busca riesgo fuera
teniendo un cielo en su casa.

LOLA. Siento una atroz conmocion
que temo hasta hablar me impida.

MARQ. Quién hará sin vos, mi vida,
los honores del salon?
Hoy sí que no os lo perdono;
y espero que afianzareis
la fama que ya teneis
de modelo de buen tono.
Ya acude la reunion,
y el baile va á empezar luégo.

LOLA. (Ap.) (¡Dios mio! ¡si fuese Diego!)

MARQ. (Tomándola del brazo.)
Lola, vamos al salon.

ESCENA III.

Sale JUANA azorada y santiguándose.

JUANA. ¡Jesucristo, Jesucristo!
Señorita... ya está dentro:
vaya un oportuno encuentro;
y no sueño, que le he visto.
Salí un momento al balcon,
¡maldita curiosidad!
y en la densa oscuridad

vi pasar una vision.
Y era aquel negro, aquel Juan:
le he visto, le he visto bien;
pero cómo, cuándo y quién
habrá traido ese Adan?
Si él está, tambien don Diego
debe estar, la cosa es clara;
si jamás de él se separa:
ya empieza á enredarse el juego;
esto va á parar en mal;
daré parte á la señora...
Y quien se lo dice ahora
entre ese berengenal?
Callaré, es lo más seguro,
hasta que la pueda hablar.
Ay! la Vírgen del Pilar
nos saque en bien de este apuro.
Si ántes de la reunion
estaba ya tan inquieta...
Está visto, no hay profeta
como nuestro corazon.
¡Ay! si la Vírgen hiciera
que al negro no vuelva á hallar,
le ofrezco adornar su altar
con cuatro velas de cera.

ESCENA IV.

AGUILAR, RUIZ, MENDOZA, CISNEROS y algun otro caballero salen del brazo, conversando familiarmente, examinando el adorno, etc. Pasa un criado con bebidas: Ruiz toma un puñado de bizcochos y un vaso de ponche, y se sienta junto á una mesa de juego á tomar su refresco.

AGUIL. ¡Jamás ha habido sociedad como esta!
¡Cuánta elegancia en todo, cuánto esmero!
Para hacer los honores de una fiesta
es sola la Marquesa de Montero.

MEND. Es verdad, el negarlo fuera agravio:
su acento es siempre amable y oportuno,
y, en miel envuelta, mana de su labio

una palabra dulce á cada uno.

CISN. Pues yo, no sé por qué, se me figura
ver al través de su aparente calma
que en su sonrisa celestial y pura
trasciende siempre un malestar del alma.

AGUIL. No es probable que sea: es respetada,
hermosa, rica, de brilante cuna
y amada del Marqués; fuera bobada
pedir más beneficio á la fortuna.
Antojos tuyos son.

CISN. Serán antojos.

AGUIL. Cuando hácia alguno su mirada torna,
el sentimiento en sus rasgados ojos
es una nueva gracia que la adorna;
y, observadlo por Dios, en los salones
la sonrisa simpática que lanza,
hasta en los más inertes corazones
sirve de pedestal á una esperanza.

RUIZ. (Tomando su ponche.)
Las mujeres en baile son más vivas;
á la luz de bujías son más bellas;
es animal nocturno.

AGUIL. Voto á Cribas!
que no me quieran cual las quiero á ellas!

RUIZ. Á todas? Hombre, qué plural tan lato!

AGUIL. Lo pondré en singular si eso te asusta.

RUIZ. Siquiera en singular es ya otro trato.

AGUIL. Pues todo el sexo mujeril me gusta.

RUIZ. Es opinion absurda.

AGUIL. No lo creas.

RUIZ. Te lo voy á probar por vida mia:
donde quiera que vayas verás feas
que están en una inmensa mayoria,
y si en amar se ha de gastar la vida,
gastarla en una fea es un sarcasmo.

AGUIL. Distingo: si esa fea es muy subida,
se puede suprimir por pleonasmo.

CISN. Las que son de esta clase se entretienen
en un rincon de casa murmurando;
como en el baile hay mucha luz, no vienen.

AGUIL. Por eso quiero estar siempre bailando:
pero despues me duele la salida:

porque tras una noche deliciosa,
el renovar la prosa de la vida
es volver á la vida de la prosa.
Todo es hermoso aquí; corre la noche
entre rios de luz y de armonía;
uno comienza por venir en coche
á respirar ambientes de ambrosía:
penetra en el salon, lucen las bellas
de gasa ornadas y ligeras flores,
cual brillan en el cielo las estrellas
de una noche estival en los ardores;
y la hermosura, casi siempre esquiva,
cual si anhelara del amor los lazos,
viene expontánea á ser nuestra cautiva,
buscando una prision en nuestros brazos;
y rompe el vals, y luces y mujeres,
y espejos y salon, todo girando,
un vértigo remedan de placeres
en que se embriaga el alma volteando;
se respira su aliento, y el hechizo
y la mirada de la hermosa brilla,
sintiendo frio su flotante rizo
que pasa á acariciar nuestra mejilla.
Ya envidiando una mano chiquitina
que posa abandonada en el regazo,
y al través de la ténue muselina
la nieve mate de un mullido brazo:
ya viéndola cansada reclinarse
en un sillon, como en mullido lecho,
y en su agitado respirar contarse
la oscilacion de su ondulante pecho;
ya de unos ojos de color de cielo
devorar la simpática mirada,
mirada en que un novicio al primer vuelo
lee cien tomos, y no dice nada!...
Esto es gozar: al ménos se respira
aire más tíbio, más feliz ambiente;
y si en el mundo al fin todo es mentira,
se pasa la mentira alegremente.

RUIZ. En nuestra existencia estólida
cada uno tiene un placer,
si tú estás por la mujer,

yo estoy por cosa más sólida.

AGUIL. Mala pedrada te tronche:
sólo por lo tragon te odio.

RUIZ. Hombre, esto es un episodio,
un triste vaso de ponche:
tú de amor en los altares
quemas tu incienso á las bellas;
yo, que no me acuerdo de ellas,
ahogo en ron mis pesares.
Me admira verte tan chocho;
es no quererlo entender:
es muy dulce la mujer,
pero es más dulce el bizcocho!

CISN. Qué grata es su ocupacion!
la verdad, con verle gozo.

AGUIL. La garganta de ese mozo
es un molino de ron.

RUIZ. Envidiosos...

AGUIL. Vamos, cesa.
Vas á decirme una cosa:
viste qué triste y hermosa
se presentó la Marquesa?

RUIZ. Hombre, no lo he reparado.

AGUIL. No sospechas qué tendrá?

RUIZ. Podrá tener... pero cá...

AGUIL. Vamos, qué es lo que has pensado?

RUIZ. Conque eres curioso?

AGUIL. Un poco.

RUIZ. Pues por esta vez, amigo,
la verdad, no te lo digo,
porque no lo sé tampoco.

CISN. La Marquesa.

RUIZ. Pues chiton...

(Aguilar se adelanta á ofrecerla el brazo.)

ESCENA V.

DICHOS y la MARQUESA.

LOLA. Cómo aquí tan retirados?
Están ustedes cansados
del bullicio del salon?

AGUIL. Mal nos juzgais, á fé mia,
si os llegais á figurar
que puede á nadie cansar
tan amable compañía.

LOLA. Aguilar, es bien seguro
que sois buen galanteador:
siempre encontrareis una flor
para salir del apuro.

AGUIL. Si vos así lo creeis,
no quiero contrariaros:
muchas tendría que daros
para las que mereceis.

LOLA. Sois amable por demás,
y teneis dichos muy buenos:
si los prodigárais ménos
quizá me gustaran más.

AGUIL. Pues entónces no prosigo.
Pediros quiero un favor,
y es que me hagais el honor
de bailar un vals conmigo.

LOLA. Cuál?

AGUIL. El que querais, señora.

LOLA. Si os place será el tercero,
porque estoy rendida, y quiero
descansar un rato ahora.

CISN. Os encontrais indispuesta?

LOLA. No; pero cansada sí. (Se oye música.)
No se entretengan por mí,
pues vuelve á empezar la fiesta.

ESCENA VI.

LOLA.

Qué inquieto afan mi corazon altera!
empieza apenas la festiva danza,
y como si una sombra me siguiera,
do quier la garra del pesar me alcanza.
Si mi vida estuviese
suspendida del fiel de una balanza,
no creo fuese tanta mi agonía.
Quiero huir de esta sombra,

que sólo existe en la memoria mia,
y en busca del olvido,
al resbalar mis piés sobre la alfombra,
voy lanzada de un vértigo al impulso,
buscando un medio de obligar al tiempo
á correr tan veloz como mi pulso.
¡Ay! Si ahora pudiera
retroceder un paso en mi camino,
y encontrar blanca y pura,
como lo fué en mi hermosa primavera,
la página feliz de mi destino;
y aquel vibrante acento de ternura
escuchar otra vez sobre la tierra,
que cual recuerdo de un perdido cielo
ébrio de amor el corazon encierra!
Si alzar pudiera en amoroso anhelo
mi frente virginal inmaculada,
esta frente abatida
que hoy no resistiría su mirada;
y decirle una vez, de amor henchida,
ven á buscar en mi amoroso seno
la dulce paz de tu azarosa vida!
Ay! no lo quiera Dios! fuera un suplicio
volverle á ver para perderle luégo.
Harto costoso es hoy el sacrificio!
No quiera Dios que mi marchita frente
venga á abrasar con su mirar de fuego.

ESCENA VII.

LOLA, el MARQUÉS y D. DIEGO, éste viene apeyado en el brazo del Marqués.

MARQ. Lola mia, os presento el caballero
que me sacó del agua sumergido.
DIEGO. A vuestros piés... ¡Dios mio!
LOLA. (Ap.) (Él... él... yo muero.)
MARQ. (Ap.) (Tambien esta mujer me habrá vendido!)
(Dirigiéndose á Diego.)
No debeis extrañar que conmovida
encuentre una mujer en su presencia
quien á su esposo conservó la vida:

su amor debe servirle de indulgencia.
Ella os dirá las hondas atenciones
de gratitud que nuestro pecho abriga.
(Dirigiéndose á la Marquesa.)
Mientras cumplo por vos en los salones,
cumplid por mí con él, querida amiga.
(Váse el Marqués.)

DIEGO. (En actitud de irse.)
Adios, bella esperanza lisonjera!

LOLA. Si puede consolaros mi tormento,
miradme, Diego, y de perdon siquiera
salga de vuestros labios un acento.

DIEGO. «*Si oís contar de un náufrago la historia,*
»*ya que en la tierra hasta el amor se olvida,*
»*¿encontrará un sepulcro mi memoria?*
»AQUÍ LA GUARDARÉ TODA LA VIDA.»
Así decía una mujer, llorando,
conociendo la fé con que era amada:
sin duda vos no recordais ya, cuando...

LOLA. Me asesina la hiel de su mirada!

DIEGO. No recordais que concentré la vida
dentro del corazon para vos sola;
y de esperanza y gloria el alma henchida
soñaba un cielo en el amor de Lola?
No pensásteis jamás que un peregrino
cruzaba errante el desolado suelo,
y érais la única flor de su camino,
la sola estrella que alumbró su cielo?
Hoy que el encanto de mi vida acaba.
decidme una palabra en vuestro abono.
Si os han amado más que yo os amaba,
decídmelo tambien, y os lo perdono.

LOLA. Diego, piedad por Dios!

DIEGO. Por qué, señora,
cuando os fiaba la esperanza mia,
conocer no os dejábais como ahora?
Por qué ese corazon amor mentía?
Por qué no decir al que creyente
un ángel bello en su delirio fragua:
«no tengo nada aquí, quien por mí siente
»viene á escribir su nombre sobre el agua?»
Porque vuestra pasíon es flor de un dia,

que dura sólo lo que dura un lirio,
mostrando al hombre que en amores fía,
que el premio del creyente es el martirio.
Qué importa á la mujer, si en la mudanza
son de lisonja sus oidos llena,
convertír una vida de esperanza
en campo estéril de infecunda arena?
Y agostados al ver en nuestra frente
cuantos capullos la ilusion tenía,
tendrá ella una sonrisa indiferente
para insultar del mártir la agonía.

LOLA. Me haceis daño... piedad!

DIEGO. Débil criatura,
hé aquí el único bien que nos ofrecen;
saben verter á mares la amargura,
y al probar una gota se estremecen.

LOLA. No es verdad: si tronché vuestra esperanza,
derramando la hiel de vuestra vida,
el cielo se encargó de la venganza;
fiad en él que os la dará cumplida.
El cielo me dejó el remordimiento,
y un recuerdo sin fin de esa ternura;
si vos no comprendeis este tormento,
no hableis á esta mujer de desventura.
Habeis tenido fijas las miradas
viendo las aguas murmurar sonoras;
y en llanto las mejillas arrasadas,
lentas contar las intranquilas horas,
con un recuerdo de tristeza, Diego,
perdido Eden de gloria y de ventura,
que ha de morir aquí, cual fátuo fuego
que brilla en ignorada sepultura?
Y cuando el alma aérea y vagorosa,
á ese deleite celestial se lanza,
gritaros una voz: «infiel esposa!
»es un crímen nutrir esa eperanza!»
Y cuando el corazon henchido estalla,
sólo veais en el morir remedio,
y entre el alma y su amor tengais por valla
toda una eternidad que está por medio;
y ante el hombre ofendido que amé tanto
no hallar una palabra en mi disculpa,

ni aun el consuelo de enjugar su llanto,
llanto que corre por mi sola culpa.
Y cuando á su desprecio resignada,
diera mi salvacion por su ventura,
creeis que á una mujer tan humillada
debeis hablarle vos de desventura?
Decidme: lo creeis?

DIEGO. Adios, señora.

LOLA. (Ap.) (Y le pude olvidar, Dios poderoso!
sólo faltaba á mi desgracia ahora
el suplicio de hallarle generoso!)

(D. Diego vá á salir conmovido, y en el momento de llegar á la puerta la abre el Marqués y le indica cortesmente que se detenga.)

ESCENA VIII.

DICHOS y el MARQUÉS.

MARQ. (Dirigiéndose á Lola.)
Retiraos, os lo ruego.

LOLA. Enrique, por qué?

MARQ. Os lo mando.

(Lola se vá por la puerta interior, enjugando sus lágrimas.)

ESCENA IX.

EL MARQUÉS y D. DIEGO.

MARQ. Me direis lo que tratando
estábais, señor don Diego?

DIEGO. Cosas de poco interés.

MARQ. Ved que algo se ha apercibido.

DIEGO. Entónces, si habeis oido,
á qué preguntais, Marqués?

MARQ. Es verdad, teneis razon,
que es inútil la pregunta.
Tiene vuestra espada punta?

DIEGO. Y va recta al corazon.

MARQ. Bien; una mujer os ama,
y no es, por Dios, caballero,

quien no desnuda su acero
para defender su dama.
Pero tambien se os alcanza
que si ella tiene marido,
puede de su honor vendido
exigir justa venganza.
Y de esa mujer liviana
yo me vengaré despues.

DIEGO. Será una hazaña, Marqués,
digna de una alma villana.
Si esa mujer os amó
y no cometió un desliz,
por qué no la haceis feliz
amándola como yo?

MARQ. Segun vos, no ha delinquido
en no violando el pudor,
que debe á su propio honor
más que al nombre del marido.
Suponiendo que así fuera,
estais muy equivocado:
no le basta al hombre honrado
fidelidad tan grosera.
Si un dia de vuestra esposa
recibiérais un agravio,
escuchando de su labio
que en otro su amor reposa,
(la ira mi acento trunca!)
qué haríais con el rival?

DIEGO. Es un caso original
que no me ha ocurrido nunca.

MARQ. Á mí sí, y es menester
acabar con ese amor.
Las cuestiones de mi honor
yo me las sé resolver.

DIEGO. Batiéndoos con el rival
que en mal hora habeis soñado,
creeis que habeis encontrado
un remedio á vuestro mal?

MARQ. Teneis á la muerte miedo?

DIEGO. Miedo!... sí; porque mi vida
es tan bella y divertida
que desprenderme no puedo

de su inmenso bienestar.
Señor Marqués de Montero,
creeis vos que vuestro acero
me haga á mí pestañear?

MARQ. Pues á qué tanta disculpa?

DIEGO. Quereis un duelo mortal?
Sea: mas de vuestro mal
no echeis á nadie la culpa.
Y perdereis la partida,
que yo no puedo morir,
porque hay horas que el sufrir
nos centuplica la vida.

MARQ. De buena ó de mala gana,
veo que al fin me entendeis.

DIEGO. Ya que tanto lo quereis,
enhorabuena: mañana.

MARQ. Hora?

DIEGO. Las seis.

MARQ. Está bien...
Armas?

DIEGO. Las que vos querais.

MARQ. Á muerte.

DIEGO. Si os empeñais
os daré gusto tambien.

MARQ. Testigos?

DIEGO. Entre los dos
no creo haya felonía;
y por mi parte os diría
que el mejor testigo es Dios.
Marqués, cuidad de prever
que nadie se entere de eso;
y quede al ménos ileso
el honor de esa mujer.

MARQ. Sitio?

DIEGO. La orilla del mar.

MARQ. Quereis que pase á buscaros?

DIEGO. No teneis que molestaros,
que nunca me hago esperar.

ESCENA X.

EL MARQUÉS.

MARQ. Lago de amor sereno y trasparente,
que yo surcaba en brazos de su halago...
En un instante el cieno del torrente
enturbió los cristales de ese lago.
Paz de la vida, honor de los Monteros,
conque andais restregados por el lodo?
si con sangre se lavan desafueros,
yo la hallaré para lavarlo todo.
Qué es esta fiebre ardiente que me asalta?
Qué es este frenesí que me devora?
Que el corazon ingrato que me falta
es á mi vida necesario ahora.
Yo quisiera inventar algun tormento,
agudo como el dardo que ella vibra,
que secára del alma el sentimiento
rompiendo el corazon fibra por fibra.
Ofrecerle una vida de ternura,
llevarla hasta el umbral del paraiso,
dejarla ver un cielo de ventura,
y hundirla en el infierno de improviso.
Enrique, vuelve en tí, cobra tu calma:
estás celoso tú? Lo estás, Montero;
y con la hiel que hoy sobra de tu alma
hay para envenenar el mundo entero.
Y me es preciso refrenarme ahora
para que no se ria algun menguado...
(En el momento de dirigirse á la puerta interior sale Lola suplicando.)

LOLA. Enrique, oid.

MARQ. (Empujándola con violencia.)
Quitad... ¡Maldita la hora
que mi nombre y mi honor os he fiado!!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el cuarto de la posada en que habita D. Diego.

ESCENA PRIMERA.

JUAN y D. DIEGO. Juan de pié en medio de la escena, contemplando fijamente á su amo, quien sentado junto á una mesa, acaba de cerrar un pliego.

JUAN. (Ap.) (¡Cuán pálido y demudado
se encuentra! ¡Si en este lance
le sucediera un percance!...
Tengo el corazon helado!)

DIEGO. (Levantándose y dándole un pliego.)
Toma, Juan, amigo fiel;
si á las ocho no he venido
abre este pliego, y cumplido
deja cuanto mando en él.

JUAN. Os asalta algun temor,
don Diego?

DIEGO. Temor! No á fé.
Á tal situacion llegué
que el morir fuera un favor

JUAN. No digais tal. Quién iguala
vuestra destreza en el duelo?
Si vos derribais al vuelo
las golondrinas con bala.
Ya que os fuerzan, satisfecho
dejad á ese camarada.
Si quiere batirse á espada,
le hundís la punta en el pecho.

DIEGO. Juan, no abrigues pena alguna
por ese mal que presientes,
pues son harto consecuentes
la desgracia y la fortuna.
Siendo feliz mi destino,
la muerte me lo truncára;
más hoy que lo deseára
no la hallaré en mi camino.

JUAN. No, pues si en esta ocasion
os lastimáran, de fijo
que aunque fuera mi propio hijo
le partiera el corazon.
Pero cá... venceis sin duda:
con vuestro brazo batalla
vuestro corazon de malla,
y Dios que vá en vuestra ayuda.
Ó soy un solemne bolo,
ó le despachais. (Ap.) (¡Me dan
congojas de muerte!)

DIEGO. ¡Juan!
déjame; quiero estar solo.

ESCENA II.

D. DIEGO, solo.

Da una vuelta por la escena, sumamente ensimismado, y luégo se sienta en una silla al lado de la mesa.

Cuánta mudanza en un dia!
Ayer iba al paraíso,
y naufragó de improviso
toda la esperanza mia.
Más valiera que al venir

me hubiera tragado el mar!
Yo vine á Europa á gozar,
y habré venido á morir.
Y morir sin el placer
de vengarme! Mas de quién?
Si fuera un hombre, está bien;
pero una débil mujer...
Y el mundo sin compasion,
me dirá: «*goza y olvida*;»
sin mirar que en la partida
he perdido el corazon.
Y cómo puedo olvidar?
Es lo mismo que pedir,
que olvide el pulso el latir
y el pensamiento el pensar.
Y si de pena cubierto
al fin sucumbo cansado,
moriré sin ser llorado
como un lobo en el desierto.
Yo, que en la mujer creí
y en el amor esperé,
dónde encontraré la fé?
Pobre insensato de mí!
Y cuando esa mujer vea
que mi existencia apagó,
y mi cráneo se secó
con el calor de una idea;
y que, en desesperacion,
cansado ya de sufrir,
la violencia del latir
reventó mi corazon;
qué premio habré conseguido
en pago de esta agonía?
Hasta la existencia mia
será un recuerdo perdido!
Y hasta que la sepultura
apague esta horrible guerra,
sigue pisando esa tierra
empapada en amargura.
Si la existencia es un bien,
busquemos compensacion
de esta funesta pasion...

Quién puede dármela, quién?
Para borrar esta huella
es preciso que el vacío
llene otro objeto, Dios mio!
Si no cabe aquí más que ella! (Pausa.)
Cuando la vida se acaba
tambien se acaba el afan,
y entónces de este volcan
será ceniza la lava;
y nada quedará en mí;
sólo el alma irá volando,
mejor espacio buscando,
do no engañen como aquí.
Y sin llanto ni querella,
vivirá entónces? Mentira!
si el alma mia respira,
respirará para ella.
Quién dijera, Dios piadoso,
que este inmenso amor á Lola
me ofreciera una pistola
por llave de mi reposo?
Miserable condicion!
Y en tan agudo tormento,
es suyo mi pensamiento,
es suyo mi corazon!
Dios mio, tu nombre invoco
con el alma dolorida;
es un infierno mi vida,
ten piedad de un pobre loco!
(Deja caer la cabeza sobre las manos.)

ESCENA III.

EL CAPITAN y D. DIEGO.

CAPITAN. Mucho se madruga, amigo!
DIEGO. ¡Hola! Sois vos, Capitan?
CAPITAN. Mala noche habreis pasado,
don Diego; pálido estais.
DIEGO. Este clima me trastorna.
CAPITAN. No es más que eso?
DIEGO. Nada más.

CAPITAN. Ahora salto de abordo,
y me han venido á avisar
que una fragata de guerra
á salir próxima está
para el Rio de la Plata.
Si algo teneis que mandar
el capitan es amigo
y contento os servirá.

DIEGO. Capitan, decid que cuente
con un pasajero más.

CAPITAN. No quedará descontento
si es amigo vuestro.

DIEGO. Es Juan,
cuyos buenos sentimientos
es tiempo ya de premiar,
y á quien creo que ya es hora
de dejar en libertad,
para que al lado de su hijo
vaya tranquilo á espirar.

CAPITAN. Bravo, corazon hidalgo!
¡Qué contento va á estar Juan!

DIEGO. Al que vela vuestro sueño,
que llora cuando llorais,
que os ama con toda el alma,
qué ménos le podeis dar?

CAPITAN. Feliz vos, que en torno vuestro
sembrais la felicidad!
¿Qué corazon en la tierra
vuestra alma no ha de envidiar?
Faltára la Providencia
si aquella á quien vos amais
no bordára vuestros dias
de cariño y de lealtad.
Ah! vereis con qué placer
las horas resbalarán
para vos sobre la tierra!
Debeis ser feliz!

DIEGO. Cabal!
Cuando uno se encuentra, así,
tan afortunado, y tan...
de la dicha que le sobra
debe dar á los demás.

Y qué tal vuestros amores?

CAPITAN. Ay, amigo mio, mal!
Ya os dije que era mi amada
hija de noble solar,
y yo sólo cuento, amigo,
con mi carrera y no más.

DIEGO. Pero teneis corazon.

CAPITAN. Con él me lancé á la mar
á luchar desesperado,
y su elemento voraz
contemplando cara á cara,
he dicho á la tempestad
que ó me ha de abrir ancha tumba
ó riqueza me ha de dar.

DIEGO. Y ella os corresponde bien?

CAPITAN. Con cariño celestial:
y como ser pronto espero
capitan en propiedad,
dentro dos años calculo
poderla mia llamar.

DIEGO. No habeis amado más que á ella?

CAPITAN. Á ella, don Diego, y no más;
y si su amor me faltára
no creo volviese á amar.
Cuando en medio del Oceano
arreciaba el huracan,
y como corcho ligero
hacía el buque flotar,
empujándole á las nubes,
ó en raudal velocidad
descendiendo como un cuerpo
que va su centro á buscar;
cuando amarrado á la caña,
dando proa al vendabal,
sintiendo crugir los mástiles,
suelta mi melena atrás,
á merced de la borrasca,
me víais luchar audaz
contra el inmenso gigante
que se afana en remedar
con sus salvajes mugidos
la voz de la eternidad:

entre las saladas olas,
entre las algas del mar,
venir sentía el aroma
de su aliento celestial,
y jamás con su recuerdo
me impuso la tempestad.

DIEGO. Bien, Capitan! Hoy comprendo
que mereceis mi amistad.

CAPITAN. Con la mia, á todo trapo,
sabeis que podeis contar.

DIEGO. Me dijísteis que en América
vuestro padre, al espirar,
dejó un crédito pendiente...

CAPITAN. Toma! quién se acuerda ya?

DIEGO. Contra la casa quebrada
de don Pedro Sandoval.

CAPITAN. Sí: pero ese crédito era
cosa de poca entidad.

DIEGO. Quereis venderme ese crédito
al contado?

CAPITAN. Os chanceais?

DIEGO. No, á fé mia, que en él pienso
ciento por ciento ganar;
os ofrezco diez mil duros.

CAPITAN. Si no asciende á la mitad...

DIEGO. Tanto mejor para vos.

CAPITAN. Corriente, como querais:
pero yo creo, don Diego,
vuestra idea adívinar:
y no quiero que gravosa
pueda seros mi amistad.
Vos me ofreceis la fortuna
y yo la quiero ganar;
agradezco con el alma
el beneficio.

DIEGO. No es tal:
es una especulacion
que podreis ó no aceptar,
y os lo propongo, porque
me tiene cuenta y no más.
Quereis que fuese tan loco,
que tirára mi caudal

sin ton ni son? Por mi vida,
muy pródigo me juzgais.

CAPITAN. Enhorabuena, don Diego:
si me decís la verdad,
acepto vuestra propuesta;
pero si vos me engañais,
con vuestra noble mentira
haceis mi felicidad.
Cuándo quereis el traspaso?

DIEGO. Tan pronto como podais;
y Juan en letras corrientes
la suma os entregará.
(Váse el Capitan.)
Por qué ha de tardar dos años,
si ántes del plazo, quizás,
un desengaño pudiera
su existencia envenenar?

ESCENA IV.

D. DIEGO y JUAN.

JUAN. Señor, quereis darme audiencia?

DIEGO. Vamos, qué quieres?

JUAN. Yo quiero
muchas cosas. Lo primero
estar en vuestra presencia;
luégo que hagais el favor
de decirme á mí el por qué
os batís.

DIEGO. Juan, déjame;
porque estoy de mal humor.

JUAN. Es que no hay paz para mí
cuando no la hay para vos.

DIEGO. Bien, hombre; vete con Dios!

JUAN. Sí? Pues no me voy de aquí.

DIEGO. Atrevido.

JUAN. (Ay, qué apuros!)

DIEGO. Sal al punto. (Juan se va llorando.)
Espera, Juan:
cuando vuelva el Capitan

le entregarás diez mil duros.
Mira, dentro de este pliego
va mi fortuna, y que sea
tuya deseo.

JUAN. (Ap.) (Qué idea!)
Y qué más quereis, don Diego?

DIEGO. Que á América partas hoy,
porque me conviene así,
y cuando llegues allí
serás muy rico.

JUAN. No voy.
Que penseis es menester
que uno se va haciendo viejo;
no veis, señor, que si os dejo,
quizás ya no os vuelva á ver?

DIEGO. Es que tomé yo el pasaje
para tí.

JUAN. Como querais;
aun cuando me despidais
no me pongo hoy en viaje.

DIEGO. Sabes que tengo ya antojos
de echarte?

JUAN. (Con grave intencion.) Conversacion!
Si yo os leo la intencion
en lo blanco de los ojos.
Vos me quereis engañar
porque soy un pobre diablo,
pero de veras os hablo;
hoy mismo me arrojo al mar
si me dejais.

DIEGO. Y los lazos
que debes á mi favor?

JUAN. Pero si vos... Ah, señor!...
(Prorumpe en llanto.)

DIEGO. Ven acá, dame los brazos.

JUAN. Estais bebiendo la copa
de la hiel por culpa de otros.
Vámonos, para nosotros
es el infierno la Europa.

DIEGO. Imposible.

JUAN. No por cierto.
Procurad rasgar la venda.

DIEGO. Cualquier camino que emprenda
me conducirá á un desierto.
JUAN. Entónces me quedaré;
vuestro paso he de seguir,
y si ese hombre os llega á herir,
juro que le mataré.
DIEGO. ¡Ay de tí, Juan, hay de tí
si nutres tal pensamiento!
Maldijera yo el momento
que tus cadenas rompí!
JUAN. Le respetaré, señor!
DIEGO. No harás más de tu deber,
á ménos que quieras ser
indigno de mi favor.
JUAN. Ah, no! porque si algun dia
me falta vuestra presencia,
sabreis que vuestra existencia
era el jugo de la mia.
DIEGO. Á males que el cielo dá
se ha de inclinar la cerviz.
Juan, tú puedes ser feliz,
yo no puedo serlo ya. (Váse)

ESCENA V.

JUAN, solo.

Qué pago á su amor, qué pago!
Pero quién diablos creyera
que el amor hacer pudiera
en un alma tal estrago?
No comprendo, no transijo,
cómo viéndome tan fiel...
Yo, que teniéndole á él
ya no me acuerdo de mi hijo;
yo, que tengo el alma llena
de este cariño entrañable,
y no puedo, miserable,
ni hacerle olvidar su pena,

ESCENA VI.

EL MARQUÉS y JUAN.

MARQ. Don Diego?
JUAN. En su cuarto está.
MARQ. Anda, y dile que le espero.
JUAN. Y quién diré?
MARQ. Un caballero.
JUAN. (Ap.) (Algun demonio será.)
MARQ. No vas?
JUAN. Ya voy.
MARQ. Pues qué dudas?
JUAN. Tenga un poco de paciencia.
MARQ. Dí que es asunto de urgencia.
JUAN. (Ap.) (Este debe ser el Judas.)

ESCENA VII.

D. DIEGO y el MARQUÉS.

DIEGO. Vos aquí, Marqués?
MARQ. Advierto
que os sorprende mi visita:
quedamos para una cita
y ya es hora.
DIEGO. (Sacando el reló.) No por cierto:
si adelantarla pensais
no hallo en ello inconveniente.
MARQ. Teneis mi daño presente,
y de mi prisa dudais?
DIEGO. No os ofusqueis, pese á tal;
yo arriesgar la vida puedo,
y si al náufrago la cedo
no se la cedo al rival.
MARQ. Yo cuento con vos, don Diego,
para matar ó morir.
DIEGO. Si vos no os podeis batir.
MARQ. Por qué no?
DIEGO. Porque estais ciego.
Teneis celos, vive Dios,

y á fé mia, yo no sé
de qué los teneis.

MARQ. De qué?
De que os ama sólo á vos:
de que un llanto sorprendí
que el alma mia halagaba,
y la pérfida lloraba,
y no lloraba por mí.
De que mi alma se exalta
en frenética ambicion;
porque quiero un corazon,
y ese corazon me falta.
De que esa mujer querida,
cuyo amor me desespera.
cuando la tuve, nada era,
y hoy que la pierdo, es mi vida.
De que en medio del furor
que ha ahogado mi esperanza,
no acierto á encontrar venganza
tan grande como mi amor.
De que el cielo os arrojó
entre nuestras almas juntas,
como un puñal de dos puntas
que estais entre Lola y yo.

DIEGO. Marqués, por vuestro camino
me obligásteis á pasar.
Por qué, si quereis luchar
no luchais con el destino?
Si es adversa vuestra estrella,
es acaso culpa mia?
Vos no sabeis todavía
lo que yo sufro por ella.

MARQ. De veras? Feliz me siento:
no es mi suerte tan cruel,
al saborear la hiel
que rebosa vuestro acento.
Cuál me halaga ese furor
que en la venganza os empeña!

DIEGO. Teneis el alma pequeña
para comprender mi amor.
Cuando por ella he vivido,
amándola tanto y tanto,

creeis que me halague el llanto
de la mujer que he querido?
Y hoy que la desgracia agota
su hiel en ella afligida,
diera con placer la vida
para ahorrarle una gota.

MARQ. Bien puede el favorecido
ser generoso cual vos.

DIEGO. Marqués, no arrastreis, por Dios,
la dignidad de marido;
ni me pongais en aprieto,
porque os juro por mi fé
que ni de vos sufriré
que le falteis al respeto.

MARQ. Don Diego, así os quiero ver,
y ahorremos digresiones.

DIEGO. Marqués, vos juzgais pasiones
que no podeis comprender.

MARQ. Vamos, pues.

DIEGO. Será mejor,
ya que en ello os empeñais:
mas ved cómo la tratais.

MARQ. Es mi mujer.

DIEGO. (Ap.) (Es mi amor);
pero este amor que os revelo,
que hondo aquí dentro se encierra,
irá sin tocar la tierra
de mi corazon al cielo.
Partamos.

MARQ. (Ap.) (Qué hay en su acento
que así domina mi brío?
cabe en un hombre, Dios mio,
tan inmenso sentimiento?)
Oid, don Diego; un camino
seguimos por nuestro mal,
en que somos cada cual
la barrera del destino.
Un sentimiento profundo
á mí me impele y á vos,
ya veis que uno de los dos
está de más en el mundo:
para forzar la barrera

se debe abrir una tumba,
y despues que uno sucumba
haga el otro lo que quiera.

DIEGO. (Ap.) (Tambien es él desgraciado.)
Y por qué os quereis batir?

MARQ. Porque vale más morir
que vivir desesperado.

DIEGO. (Ap.) (Mi vida le abandonára
si la paz le devolviera.)
Aún sereis feliz.

MARQ. Quimera:
hay ya un mar que nos separa.

DIEGO. Conque persistís, Montero,
en obligarme á batir?

MARQ. Quiero matar ó morir,
y no sé lo que prefiero.

DIEGO, Lo siento por vos, amigo,
y de mala gana voy;
puedo aseguraros que hoy
la fortuna irá conmigo.

ESCENA VIII.

JUAN solo, viendo salir á D. Diego.

Se vá, Dios mio, se vá
y no quiere que le siga.
Ay! El cielo le bendiga!
Dios sabe si volverá.
Si de un alma agradecida
llega la plegaria al cielo,
protegedle en ese duelo
tomando en cambio mi vida.
Y aunque pida un disparate,
Dios mio, oid mi oracion;
que no tenga compasion,
que le mate... que le mate!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon de la Marquesa con ventana á la izquierda. Esta aparece vestida de bata blanca, en completo negligé, profundamente abatida, sentada en un sillon, y apoyado el codo en una mesa.

ESCENA PRIMERA.

JUANA y LOLA.

JUANA. (Ap.) (Cuán profunda es la amargura
del dolor que la amilana!)
Quereis algo?
LOLA. Gracias, Juana.
Me abrasa la calentura;
resignada ya mi suerte,
pronto acabaré el sufrir;
el dolor me hará morir
si el Marqués no me da muerte.
Si Enrique de una estocada
mata á Diego en sus enojos,
seré de Enrique á los ojos
una mujer deshonrada;
y del generoso Diego.

la noble sangre vertida
irá quemando mi vida
como un bautismo de fuego;
y si sucumbe el Marqués...
Ay! mi corazon desmaya;
por donde quiera que vaya,
veré su sombra á mis piés.
Madre del Hijo de Dios,
Madre tambien sin ventura,
socorred á esta criatura
sin más amparo que vos.
Fuente de paz y consuelo,
doleos de mi quebranto,
y empapada con mi llanto
suba mi plegaria al cielo.
Me siento con más ahinco.
Cuéntame, Juana: á qué hora
salió Enrique?

JUANA. Mi señora,
á poco más de las cinco.

LOLA. Con sus armas?

JUANA. Sí, señora,
las metió dentro del coche,
y estuvo escribiendo anoche
en su cuarto hasta deshora.

LOLA. Qué hora es?

JUANA. Cerca las nueve.

LOLA. Ese reloj me asesina
con la frialdad paulatina
con que la péndola mueve.
(Se oye el ruido de un coche.)

JUANA. Señora, abajo en la entrada
paró el coche del Marqués.

LOLA. Anda, vé y mira quién es.
No... no me digas nada.

ESCENA II.

LA MARQUESA y el MARQUÉS.

Entra el Marqués pálido, floja la corbata y con un papel en la mano. En el momento de entrar hace seña á Juana para que despeje.

MARQ. Las particiones, Marquesa,
os dejo en este papel,
y parto.
LOLA. Ay, Dios! Cuánta hiel
sobre mi destino pesa! (Llorando.)
Ya que me dejais así,
decidme... en el desafío...
murió?
MARQ. No.
LOLA. Gracias, Dios mio,
no caiga su sangre en mí.
MARQ. Me ha vencido y me ha humillado;
se batió impasible y seco,
y cual si fuera un muñeco
dos veces me ha desarmado.
Me cansé de suplicar
que atravesára mi pecho,
y hasta la afrenta me ha hecho
de no quererme matar.
Yo que anhelaba su muerte
á todo trance, ó la mia,
le propuse si quería
jugar la vida á la suerte.
«Con una condicion sola
»os acepto la partida,
»dijo: si os gano la vida
»partireis lejos de Lola...»
—Eso sin duda será
para seguir vos su huella...
—«Si yo la quisiera á ella
»no os hubiera muerto ya?
»Hoy seríais inhumano,
»y no puedo tolerar,

»que nadie la haga llorar
»mientras vida haya en mi mano.
»¿Acomoda el pacto?—Sí:»
el dado cogí y tiré;
hice cinco, respiré;
y de horror me estremecí.
Con buen punto perdereis,
me contestó friamente:
cogió el dado indiferente,
tiró al azar... hizo seis!
«Gané, dijo, y á marchar
»vais pronto léjos de Lola:
»dejadla algun tiempo sola
»que pueda libre llorar.»
La deuda que he contraido,
le dije, os será pagada.
«Ved que no os exijo nada
»y podeis darla al olvido.
»Comprendo esa alma sentida,
»y os juro que me pesára
»que vuestra sangre amargára
»lo que me queda de vida:
»y á quien vuestra esposa ha sido
»no le dejeis por herencia
»que destroce su conciencia
»la muerte de su marido.»

LOLA. Plugiera á Dios que viniera
y la vida me arrancára.
Si ese hombre me asesinára
¡ay! ménos daño me hiciera.

MARQ. Bajo estrella de bonanza
habeis nacido, señora,
pues ni aun me queda ahora
el placer de la venganza.

LOLA. Siento que el enojo ceje
si culpable me juzgais;
cumplidla como querais,
y no temais que me queje.

MARQ. La suerte no lo ha querido:
yo respetaros juré,
y cuando empeño mi fé,
que nací noble no olvido.

Más vale así, pues por Dios,
que se han de reir de mí
al saber que me batí
por una mujer cual vos.

LOLA. (Levantándose con dignidad.)
Ya que son de vos ajenos
sentimientos de ternura,
si insultais mi desventura
no me rebajeis al ménos.
Hacer del sarcasmo alarde
con tan débil enemigo,
perdonad, Marqués, si os digo
que es una accion de cobarde.

MARQ. (Con ironía.)
Sin pensar os ofendí;
mas no acierto á adivinar
cómo se os ha de tratar.
¿No os trataba Diego así?

LOLA. Desgarrar con tanta saña
no sabe hacerlo, Marqués:
aquella alma noble no es
capaz de tan vil hazaña.
Y al comparar á los dos,
vos mismo me habeis probado,
que el hombre que os ha humillado
vale mucho más que vos.

MARQ. Creí que el ser vuestro esposo
la queja me permitía...
Ménos sensible os creía...

LOLA. Y yo á vos más generoso;
si ántes del duelo, ó despues,
creyendo que os he faltado,
me hubiérais asesinado,
os perdonára, Marqués.
Yo vuestro golpe mortal
esperaría sin duelos,
porque vería los celos
en la punta del puñal.
Pero perdonaros yo
cuando mi honra escarneceis!...
Matarme, Enrique, podreis,
pero deshonrarme, no.

MARQ. (Ap.) (¡Ah! no es culpable, no lo es
quien así en su honor adora.)
Me alejo de vos, señora!
LOLA. El cielo os guíe, Marqués.
MARQ. Él tambien á vos os guarde,
y que olvideis, Lola, os pido
lo mal que os he comprendido.
LOLA. Lo habeis conocido tarde.

ESCENA III.

LOLA sola.

¡Qué pobre y qué mezquino se ha mostrado!
Mi alma hirió con un boton de fuego,
cuando su corazon ha colocado
junto al gígante corazon de Diego.
Alma de hiena, que tan sólo intenta
su víctima roer crudo y rehacio,
mientras el otro en su amargura ostenta
un alma más ínmensa que el espacio.
¿Qué valgo yo, desconocida fuente,
que sólo vierte el agua gota á gota,
ante el ancho raudal de aquel torrente
que me anonada en su grandeza ignota?
Tienda do quiera el alma mia el vuelo,
allí su genio colosal asoma;
árbol que toca con su copa al cielo
y llena al mundo de su inmenso aroma.
¿Y él fué á jugar su corazon sereno,
impávido, al azar de una pistola,
un corazon donde vertió el veneno
la imperdonable ingratitud de Lola!
Y sin cuidar del plomo que se lo abra,
la idea de mis lágrimas le arredra:
si no morí al oir esa palabra
debo tener el corazon de piedra.

ESCENA IV.

LOLA y una CRIADA.

CRIADA. Señora, ¿si dais licencia?
LOLA. ¿Qué quereis?
CRIADA. El negro Juan
pidiendo está con afan
llegar á vuestra presencia:
dice que trae una carta
y una caja para vos.
LOLA. Que pase adelante... ¡ay, Dios!
si será que Diego parta.

ESCENA V.

JUAN y LOLA. El primero trae una caja y una carta que sacará del bolsillo, y colocando la caja sobre la mesa, entrega aquella á la Marquesa.

LOLA. ¿Quedó Diego en la posada?
JUAN. (Conmovido.)
Me mandó cerrar el pico:
y asi, señora, os suplico
que no me pregunteis nada:
«Anda, dijo, este recado
á la Marquesa á llevar.»
—Señor, ¿me han de contestar?
—«No, que está ya contestado.»
Vine volando, al momento:
me encargó ser muy conciso;
y así, con vuestro permiso,
lo traigo, cumplo y me ausento.
LOLA (Deteniéndole.)
Si alguno matára á tu amo
á traicion y sangre fria,
¿que hicieras?
JUAN. Le mataría.
LOLA. Pues tu venganza reclamo.
Yo le he sido desleal:
yo he tronchado su esperanza;

JUAN. Á vos, señora, no alcanza
mi lazo ni mi puñal.
Si habeis cubierto de duelo
un corazon que os adora,
del mal que hicísteis, señora,
cuenta le dareis al cielo.
Yo soy al amo muy fiel:
le sirvo como él merece:
aborrezco, si aborrece,
y adoro lo que adora él.
No me habría de mandar
si él quisiera ver si mato;
á perro de buen olfato
le sobra con señalar.

LOLA. Si es que una gracia merezca
quien tan mal le ha comprendido,
un postrer favor le pido:
dile que no me aborrezca.
Que nada me queda ya;
y cuando él quiera que muera,
cuanto más hondo me hiera
más mi gratitud será.
Que por compasion le pido
se vengue de cualquier modo;
me resigno á todo, á todo,
á todo, mas no á su olvido. (Váse Juan.)

ESCENA VI.

LOLA sola.

Me conmueve el hablar de él
y estremecida me quedo;
no sé por qué, tengo miedo
de leer este papel.
Acabemos! hoy se agota
el cáliz, á no dudarlo:
corazon, has de apurarlo
hasta la postrera gota. (Coge la carta y lee.)
«Querrá el cielo que el alma adolorida
»del mártir y olvidado peregrino
»la senda apure de la triste vida

»sin ángel que la guie en su camino?
»Cuanto del porvenir mi vista alcanza,
»sin color y sin luz mirando quedo:
»desde que ha muerto el sol de la esperanza
»mi pobre corazon dice *¡no puedo!*
»En los bosques de América, de aloe
»una caja me dieron, os la envío;
»es de un tronco que el tiempo no corroe,
»emblema fiel del pensamiento mio:
»guarda una flor que vuestra mano bella
»puso en las mias en dichoso dia;
»y atrás perdidas en lejana huella,
»van su perfume y la esperanza mia.
»Si vuestra mano, trémula y helada,
»tiembla al abrirla, de pavor transida,
»no lo extrañeis, será mi fé guardada
»que acusa muda vuestra fé perdida.
»El brazo desarmé de vuestro esposo,
»porque quizá os creyera mancillada:
»tambien os ama; al conyugal reposo
»sobra una vida de sufrir cansada.
»Desde el postrer confin á vos, querida,
»se vuelve el alma en amoroso anhelo;
»y entera y satisfecha en la partida
»vá á presentarse con su amor al cielo.»
Dios mio! Dios de Israel!
Tú que amparas á los buenos,
deténle un momento al ménos
para que muera con él.
(Se dirige á la puerta para salir y oye la voz del Marqués.)

MARQ. (Desde dentro.)
Lola, Lola.

ESCENA VII.

EL MARQUÉS y LOLA.

LOLA. Es el Marqués.
Dios eterno, á qué vendrá?

MARQ. Perdonadme, esposa, ya
volver puedo á vuestros piés.

LOLA. (Con desesperada ansiedad.)
Qué quereis?

MARQ. Para la mar
salía con mi dolor,
lleno el corazon de amor
vuestro acento al escuchar.
Al muelle apenas salí,
cuando ví temblando á Juan,
lleno de angustia y afan,
venirse corriendo á mí:
Qué hay? dije:—«Prestadme ayuda:
»el amo me ha despedido,
»y mirad, me ha enriquecido.
»Ay! se va á matar sin duda!»
Á su cuarto corrí al punto,
y hallé á don Diego escribiendo,
las lágrimas comprimiendo,
pálido como un difunto.
Al verme, tomó cortés
su natural desenfado,
y me dijo con agrado:
«¡Hola! á qué venís, Marqués?»
No sabiendo qué decir
á tan natural salida,
dije, que á mi despedida,
pues iba luégo á partir.
«Tambien yo dentro muy poco.»
Quereis que salgamos juntos?
—«Vamos á distintos puntos,
»y mi viaje es el de un loco.»
Me estremeció, Lola mia,
aquella frente angustiada,
porque había en su mirada
un presagio de agonía.
Pues bien: una gracia sola
pediros ántes quisiera,
dije: por la vez postrera
os habla, llorando, Lola.
Y ahogado del sentimiento
y arrasadas las mejillas,
ay! le rogué de rodillas,
y el cielo inspiró mi acento.

Con el alma enternecida
ante ese gran corazon,
yo os pido vuestro perdon:
Lola os pide vuestra vida.
(Expansion de esperanza en Lola.)
No pude acabar... en cuanto
mis palabras fenecieron
sus ojos se convirtieron
en dos raudales de llanto.
«Marqués: hacedla dichosa
»cuanto yo soy desgraciado,
»y os juro que equivocado
»juzgaisteis á vuestra esposa.»
Llamó á Juan, y á la fragata
mandó llevar su equipaje,
que va á emprender el viaje
para el Rio de la Plata.
(Lola cae sin fuerzas en el sillon.)
Lola, muerta ya la ira,
he inclinado mi cabeza
ante su inmensa grandeza,
que os lo confieso, me admira.
Si en vuestro pecho, señora,
hoy queda una amarga huella,
sé que un alma como aquella
quien la comprende la llora.
Perdonad á vuestro esposo
si os desconoció un momento;
no os comprendí; sólo siento
que me venció á generoso.
Y si alcanzar no consigo
vuestro amor, que vale tanto,
de hoy más caerá vuestro llanto
en los brazos de un amigo.
Hice bien, querida esposa?

LOLA. Si, Enrique, esta sola accion
(Alargando la mano al Marqués.)
os vuelve mi estimacion.
Teneis alma generosa.
Mas si una lágrima mia
veis que en la mejilla arde,
cuando en alas de la tarde

se vaya alejando el dia,
para un alma lacerada
pediré gracia á los cielos;
Enrique, no tengais celos;
es una deuda sagrada.

MARQ. Dad libre rienda al lamento,
señora... yo no confundo
los extravios del mundo
con un justo sentimiento:
y esas lágrimas del duelo
no las tengais comprimidas;
yo sé, Lola, que hay heridas
que sólo las cura el cielo.

LOLA. Enrique, yo no os creía
tan bueno.

MARQ. Basta, señora.
Dejad que concluya ahora,
pues hice más todavía;
y fué el rogarle por vos,
que ántes nos viniera á ver,
para tener el placer
de darle el último adios.
Y venir me prometió.

LOLA. (Con ansiedad.)
Creeis que lo cumplirá?

MARQ. Sin duda; miradlo ya.
(Volviéndose hácia la puerta.)

LOLA. Dios mi plegaria acogió.

ESCENA VIII.

DICHOS y D. DIEGO, sumamente desfigurado.

DIEGO. Señora, pronto á partir
para climas muy distantes,
he querido venir ántes
vuestro adios á recibir.

LOLA. (Con ternura, procurando dominar el llanto.)
Comprendo que hay corazones
que laten, pero hechos trizas.
Qué os queda á vos?

DIEGO. Las cenizas

de mis muertas ilusiones!

LOLA. Y en dónde hallareis consuelo
que endulce vuestra existencia?

DIEGO. Solamente en mi conciencia
y en la esperanza del cielo.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y JUAN.

JUAN. (Al llegar al lado de Diego.)
Mi amo, zarpan.
(D. Diego permanece un momento perplejo y alarga la mano izquierda á Lola. En el momento de estrecharla vacilan sus fuerzas: se desprende y arroja en los brazos del Marqués, y tendiendo luego el brazo derecho sobre el hombro de Juan, parte precipitadamente.)

LOLA. (Viéndole salir.) La raiz
me arranca del corazon!

MARQ. Qué grande es su afliccion!
(Se oye un cañonazo y cae Lola de rodillas levantando las manos al cielo.)

LOLA. Dios mio, hazle feliz?

FIN DEL DRAMA.

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL
PQ6217
.T445
v.44
no.13

ASONAN N

E O

Cuaderno 25 — 2 reales

ADMINISTRACION

Calle del Fácar núm. 3. — Teléfono núm. 1.08